

Domingo XXIV. Ciclo C

## Arrepentimiento, conversión, misericordia.

EMILIO RODRIGUEZ ASCURRA / contactoconemilio@gmail.com

La parábola del hijo pródigo, o del Padre misericordioso, nos muestra un claro itinerario de vida, e de cualquiera de nosotros. El protagonista principal no es el hijo, aunque así pareciera a simple vista, sino el Padre. Es éste quien respeta el pedido de autonomía del hijo, en la vida de cualquiera llega un momento, por lo general en la juventud, en el que decidimos emanciparnos, seguir aquello que intuimos nos hará felices. Sin embargo no siempre es así, en ocasiones nos perdemos, malgastamos aquello que se nos había confiado, desaprovechamos la oportunidad.

Por su libertad el hijo pierde todos sus bienes y dineros, al mismo tiempo que corrompe su vida moral, los valores que seguramente la habían sido inculcados en su familia tienen ahora precio material, no se contenta con vivirlos sin más. La juventud es la etapa en la que cualquier becerro de oro, como aparece en la lectura del Éxodo, nos encandila y nos lleva tras él. Mientras el Padre, seguramente angustiado, espera, aun teniendo otro hijo espera a quien se ha perdido, como el pastor que busca una de sus noventa y nueve ovejas restantes o la mujer que hace lo mismo con su dracma.

Agotados sus recursos el hijo decide regresar, ya lo ha experimentado todo, y lo ha perdido todo. Se siente apenado, indigno, arrepentido. Así se lo hace saber a su Padre quien lo ve de lejos y lo reconoce, signo de que estaba esperándolo, y rápidamente organiza un banquete para recibirlo nuevamente en casa. La actitud del hermano mayor que repudia el gesto del Padre por considerarlo injusto se asemeja a la de los fariseos que murmuraban por las actitudes de Jesús.

La misericordia de Dios supera nuestras concepciones humanas, incluso aquellas que nos hacen determinar algo como justo e injusto, pues el amor de Dios no tiene fronteras, es ilimitado. “Dios no se cansa de perdonar, somos nosotros quienes nos cansamos de pedir perdón”, nos dice nuestro querido Papa Francisco. Los fariseos en sus prejuicios y preconcepciones no pueden hacer experiencia de la misericordia de Dios, mientras que quien ha pecado y ha experimentado el dolor de alejarse y de perder aun lo mas valioso que tenía, su Padre, gustan del amor que proviene de las entrañas mismas de Dios, desde su misma esencia, pues Dios es amor.

Estos textos no solo nos invitan a dar testimonio de la misericordia de Dios sino, también, nos invitan al arrepentimiento y a la conversión, solo después de estos dos pasos, es decir, de hacernos como niños conscientes de nuestro error pero con la certeza de que el amor de Dios es más fuerte, nos reconocemos hombres nuevos, redimidos por Dios.-